Las emociones en la filosofía antigua

Selección editada de Martha Nussbaum (2003), *La terapia del deseo: teoría y práctica de la ética helenística.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Los pensadores antiguos ven como objeto de la filosofía una transformación del mundo interior de creencias y deseos mediante el uso de la argumentación racional. Y, dentro del mundo interior, se fijan sobre todo en las emociones.

Actualmente, las apelaciones a la emoción se presentan con frecuencia como totalmente «irracionales», inapropiadas e ilegítimas en el razonamiento. Todavía se encuentra una con muchas afirmaciones donde se compara los usos emotivos del lenguaje con los trucos de una mujer seductora: “encantadores cuando uno busca diversión, perniciosos cuando uno va en busca de la verdad”. Ésta, sin embargo, no era la concepción de las emociones sostenida por ningún pensador griego antiguo de primera fila. Para ellos, las emociones no son fuerzas animales ciegas, sino partes inteligentes y perceptivas de la personalidad, estrechamente relacionadas con determinado tipo de creencias.

Delimitemos sistemáticamente el terreno común compartido por esos pensadores:

1. Las emociones son *acerca de un objeto*, en que el objeto figura tal como se ve desde el punto de vista de la criatura. La cólera, por ejemplo, no es simplemente una reacción corporal (como, por ejemplo, el bullir de la sangre). Para dar cuenta de ella, uno ha de mencionar el objeto al que va dirigida, acerca de qué y por qué. Y cuando hacemos eso, caracterizamos el objeto tal como lo ve la persona que siente la emoción, tanto si esa visión es correcta como si no: mi cólera depende del modo como yo te veo y veo lo que has hecho, no del modo como tú eres realmente o de lo que tú realmente has hecho.

2. Las emociones guardan muy íntima relación con las creencias y pueden modificarse mediante una modificación de creencia. Mi cólera, por ejemplo, requiere la creencia de que he sido deliberadamente injuriado por alguien. Si yo llegara a la conclusión de que esa creencia era falsa (de que la supuesta injuria no se ha producido realmente o de que no fue realizada deliberadamente), mi cólera desaparecería o cambiaría de objeto.

3. Así las cosas, las emociones pueden calificarse adecuadamente de racionales o irracionales, y también como verdaderas o falsas, según el carácter de las creencias que constituyen su base o fundamento. Así, más que hallarnos ante una simple dicotomía entre lo emocional y lo racional, tenemos una situación en que todas las emociones son en alguna medida «racionales» —todas son en alguna medida cognitivas y basadas en creencias—.

Veamos la compasión. Es una emoción dolorosa, un cierto tipo de sufrimiento. ¿Qué clase de sufrimiento? Aristóteles la define como «Pesar por la aparición de un mal destructivo y penoso en quien no lo merece, que también cabría esperar que lo padeciera uno mismo o alguno de nuestros allegados». Se despliegan tres condiciones cognitivas de la compasión.

- Primera, la persona objeto de compasión debe ser considerada no merecedora del infortunio. Tales sufrimientos inmerecidos apelan a nuestro sentido de la injusticia.
- Segunda, la persona que se compadece debe creer que él o ella es igualmente vulnerable. Quienes piensan que están por encima del sufrimiento no sentirán, según él, compasión.
- Tercera, el compasivo debe creer que los sufrimientos de los compadecidos son importantes: deben ser «grandes». Su lista comprende la muerte, la agresión, la enfermedad, la falta de amigos, la invalidez, el desengaño, conseguir los bienes demasiado tarde, no lograr que a uno le ocurran cosas buenas, conseguir que le ocurran pero ser incapaz de disfrutarlas.

En resumen, las emociones tienen una rica estructura cognitiva. Está claro que no son oleadas irreflexivas de afectos, sino maneras de ver objetos con discernimiento, y sus condiciones necesarias son creencias de diversos tipos.